

desafíos pequeños: Graciela Fernández Ivern, directora de su propia consultora en RR.PP., quien se ha fijado como objetivo posible lograr una mejor comprensión global de la profesión, y no tiene problema alguno en identificar los ruidos en la imagen de las relaciones públicas considerándolos como un problema de denominación, apenas un prejuicio (Revista Apertura n° 71, pág. 167).

Con todo, las Relaciones Públicas cuentan con la indudable ventaja de ser una profesión que enamora y los datos están a la vista: dentro de su ámbito de trabajo podemos encontrar no sólo a licenciados en relaciones públicas, sino también en administración de empresas, en recursos humanos, en comunicación social, en marketing, arquitectos, abogados, periodistas, y así “ad infinitum”, lo que me permite formular la hipótesis que el lugar de las Relaciones Públicas está allí mismo donde Alguien en la empresa se despegue de un cierto inmovilismo y se estire para tocar a sus públicos. Para comunicar y para crear imagen. Para gerenciar la estrategia de un plan a largo plazo (eso en la Argentina es solo un año) o para pulimentar la reputación de la organización.

Que algo tan complejo y tan dinámico como las relaciones públicas no debe quedar en manos de ningún improvisado, que los profesores tienen la obligación de actualizarse, que los alumnos tienen la obligación de exigirse leer y comparar, analizar y repasar, construir y equivocarse y volver a construir.

Que el desafío nos toca a todos y a cada uno de los que formamos la comunidad de relacionistas públicos para forzar la transformación de esta profesión que se está abriendo cada vez más a la innovación, a la audacia y a la transdisciplina.

Y es hora de dar paso a esa nueva resultante: los profesionales jóvenes están tocando la puerta y nosotros debemos acompañarlos a abrirlas. Para asistir unidos al nuevo sesgo, la implementación de la última teoría, la creación del nuevo paradigma. Ya como actores experimentados, ya no como viejos espectadores.

Vinculación, formación universitaria y campo profesional

Damián Montes Calabró

Principalmente, la idea de trabajar este tópico, surge por una vivencia personal reciente entre estos dos grandes temas por los que, seguramente, todo estudiante pasa alguna vez durante su carrera de estudios. El viejo y conocido gran dilema sobre si “¿Realmente me sirve esto que estoy estudiando? ¿Vale la pena todo el esfuerzo si, después viene otra cosa completamente diferente?”, etc. Por lo tanto en este escrito voy a compartir como llegué a la conclusión de que no hay que entender a la formación universitaria y al campo profesional como una causa y una consecuencia de dos instancias diferentes, sino que hay que entenderlas como diferentes etapas de una misma instancia, la de la formación de uno como ser humano.

El ser humano va pasando por experiencias que se suceden a lo largo de la vida. Estas experiencias son elaboradas tanto por un proceso racional, como por un vivencial. Estos procesos se pueden dar por separado o conjuntamente. Entonces es aquí donde podríamos relacionar proceso racional con formación universitaria por un lado, y por el otro proceso

vivencial con campo profesional, en una primera instancia. El proceso racional en la universidad comprendiendo el aprendizaje de conceptos teóricos, discusiones y elaboraciones conceptuales de problemáticas específicas de cada especialidad. Mientras que proceso vivencial sería en el trabajo, experimentando las actividades a través de la puesta en práctica. Existe cierta mitología rondando por los pasillos de las universidades que asegura esta creencia. Pero no es así, no hay extremos, nada es totalmente mente blanco ni totalmente negro.

En una etapa de aprendizaje no sólo se incorporan conceptos teóricos vinculados a la asignatura, sino que también se incorporan vivencias cotidianas para una correcta disciplina del campo profesional, se induce al estudiante al entendimiento de responsabilidades no sólo como prácticas para el futuro labor, sino también para algo mucho más general, mucho más importante y mucho más amplio, como el entendimiento de una responsabilidad para el desenvolvimiento para la vida misma. Se enseña así una disciplina y eso es también puesta en práctica. Ahora, si vamos al otro tema, al del proceso vivencial con el campo profesional, no podemos dejar de entender que la práctica siempre está acompañada de lo teórico, porque elaboramos esas experiencias. La única diferencia es que tal vez no podemos llegar a comprender totalmente el por qué de la cuestión. Un por qué, que si puede ser transmitido por alguien que vivió previamente la experiencia, que la elaboró y la comprendió para poder ser enseñada a otras generaciones. Pero siempre desde su punto de vista, abriendo camino a la diversidad, diversidad que nos da la posibilidad de la opción, opción que nos da decisión y decisión que nos llevó a un proceso racional de un hecho racional vinculado a un hecho vivencial, el aprendizaje.

El estudio nos abre la mente para la comprensión. Factor fundamental para no caer en la simple y vana automatización. Con esto no quiero decir que el que nunca tuvo la posibilidad de estudiar no sea apto para una determinada labor, sino que simplemente no pudo vivenciar por esta diversidad. La universidad es el propicio lugar para vivenciar con la diversidad. Diversidad de diferentes profesores, diferentes compañeros, puntos de vistas, criterios y futuros colegas.

Por ejemplo, el cine como la TV y las publicidades audiovisuales, nacieron como un oficio, no como una profesión. No había en ese momento lugares para estudiar tal oficio. La única manera era acercarse al set y aprender viendo como trabajan los que saben para más tarde recién poder empezar a tirar cables y de a poquito ir entrando en el campo. Vale la pena recordar que la primera universidad del cine se inauguró recién para mediados de los sesentas, con la Universidad del cine del Litoral, dirigida y creada por Fernando Birri. Hoy en día, hay muchas universidades que integran a sus carreras el lenguaje audiovisual. Es entonces aquí cuando ya no se empieza tanto por la práctica, sino más por lo teórico. Lo cual está bien, pero hay que paralelamente ir implementando en prácticas todo lo aprendido de la teoría. La práctica es tan necesaria como la teoría. Las dos se complementan y tienen que ir juntas. Ya sea a través de iniciativas desde la universidad, tales como trabajos prácticos y pasantías, como a través de iniciativas del mismo estudiante. La universidad puede entregar un cincuenta por ciento de la formación que va a recibir durante toda su etapa como estudiante, mientras que el otro cincuenta por ciento tiene

que ser puesto y desarrollado por el mismo. La iniciativa la tiene el estudiante. Si esto no es así va a ser muy difícil que se pueda llegar a un cien por ciento de la formación. Pero volviendo al tema de este ensayo, escribo desde mi vivencia, ya que con siete años de estudio universitario, dos títulos, un año como ayudante de cátedra y medio más como titular se me ha dado la posibilidad de ir reflexionando sobre toda estas situaciones. NO hay que tenerle miedo al estudio. No sólo hay que formarse como futuro profesional, sino también como sujeto dentro de una sociedad.

Conclusión

Uno como sujeto necesita una formación previa para poder desarrollar cualquier tipo de actividad, ya sea profesional o no. La universidad forma a los estudiantes para actividades profesionales, pero no puede ni debe entregar todo, el estudiante tiene y debe entregar la misma cantidad con la misma responsabilidad que la institución. Es una relación pareja, cincuenta y cincuenta. Es digna la posibilidad de estudiar en un lugar con diversidades de estudios, de orientaciones, de vinculaciones y relaciones, para que el estudiante se forme no solo como profesional, sino también como individuo dentro de una sociedad.

El código de la creación

Carlos Morán

La convocatoria de la Universidad, a escribir una nota alrededor del tópico experimentación, innovación, creación me llevó a reflexionar sobre un término que usamos insistentemente (creación) y que a fuerza de circular, se vació de significado, transformándose en un adjetivo recurrente o una exigencia del mercado, más que en un hecho trascendente.

Aprovechando la tendencia de este tercer milenio a volver sobre cierto sistema de conocimientos (el conocimiento hermético), que en el pasado que fuera tachado de herético u oscurantista, y parafraseando a un conocido bestseller, me tomo la libertad de reflexionar sobre este viejo interrogante:

¿Qué entendemos por creación?

¿Todos podemos crear en el sentido trascendente del término o este proceso estaría reservado a unos pocos tocados por la gracia? ¿Verdaderamente creemos que creamos?

A veces tendemos a confundir el concepto de creación con el de mera novedad.

Todo creador formula productos culturales que se diferencian de los anteriores. Algunas veces se trata de verdaderos cambios de paradigma, en otros casos, el cambio es sólo cosmética.

Los requisitos básicos para que un producto cultural sea considerado creativo podríamos sintetizarlos en estas tres premisas:

1. Que sea una acción humana.
2. Que sea intencional.
3. Que proponga una modificación beneficiosa y significativa que lo distinga de los paradigmas tradicionales.

Estas premisas son más frecuentemente aplicables al conocimiento científico, a lo verificable y contrastable.

¿Pero cómo funciona la creación en ámbitos donde no es posible cuantificar, como el arte o el mundo espiritual?

En el Arte, (esa manifestación humana relativamente reciente)

siempre sorprende que lo que hoy llamamos creación estaba lejos de ser prioritario

En la antigüedad, la función de un artista no era innovar, sino atenerse a modelos preestablecidos, pues en la función mágico-ideológico-religiosa, los cambios sólo se producían cuando se trata de marcar cambios políticos o nuevos sistemas teológicos o la influencia de un pueblo vencedor sobre el otro.

El apego a la norma y el respeto por las tradiciones era en definitiva el camino que debía transitar el artista.

Recién con Kant, en el siglo XVIII, aparece la idea del artista que rompe con la tradición. Se acuña el concepto de “genio” (en la mitología los genios eran seres que pertenecían a un estadio intermedio entre los dioses y los hombres,

Esta idea de creador sobrenatural va a estar sostenida por la necesidad de los cambios que desde la ciencia se operan y que no serán ajenos al arte.

De allí que el mismo Kant sostenga que “genio no es quien se limita respetar las reglas, sino quien las formula”

El genio, en definitiva sería el creador, el que formula un sistema de valores totalmente diferente.

De allí que la figura del creador esté tradicionalmente atada a la inspiración súbita, a la ausencia de procesos analítico-deductivos, que conducen a resultados previsibles. El creador es un ser “entusiasmado” (literalmente: “tomado por la divinidad”).

Pero más allá de estos arrebatos que preceden al Romanticismo, el proceso de creación tiene sus normas, leyes factibles de ser analizadas.

El acto creativo no es fortuito, si bien puede haber elementos disparadores inesperados que activen esta capacidad.

El creador no hace música por casualidad, como el burro de la fábula, sino que sigue procesos inéditos para arribar a un fin inesperado y sorprendente.

Cuando hablamos de creadores, en definitiva estamos hablando de seres humanos que comparten los mismos procesos de producción de conocimiento, siguen los mismos circuitos de comunicación, los mismos procesos lógicos.

Esoterismo y ciencia

Hoy el conocimiento circula casi sin restricciones en el ciberespacio, pero hubo tiempos en que pertenecía a un ámbito reducido y para unos pocos que se acreditaban merecedores de acceder a éste.

Este es el significado del concepto de esotérico. Los Pitagóricos acuñaron este término para definir a los textos que sólo podían ser consultados por un número reducido y calificado de miembros, mientras que los textos llamados exotéricos, circulaban entre alumnos externos, que no pertenecían a lo más estrecho y encumbrado del círculo académico. Se buscaba entre los discípulos iniciados una ascesis, una búsqueda de la verdad en la sabiduría. Estos debían mantener una actitud de reserva extrema mediante prácticas de silencio y meditación para mostrarse dignos de acceder al conocimiento elevado.

Un ejemplo de este conocimiento hermético, lo encontramos en el enigmático *tetrakys* (adición de los cuatro primeros números naturales: $1+2+3+4=10$)

Aquí encontraríamos el embrión de las leyes de la armonía del universo, el principio de la “música de las esferas” constituyentes del cosmos como oposición al caos.

Toda una filosofía de la naturaleza dominará a occidente a partir de esta simple adición.